

se partió de Cordova camino de Francia. Reparó en Pamplona, donde fue hospedado, y regalado de Guiliefindo, Obispo de aquella Ciudad; y estuvo en vn monasterio de San Zacarias; y estuvo en la halda de los Pirineos, y gozó allí de la conversacion de muchos Religiosos, y siervos de Dios, que en él avia, con los quales travó estrecha amistad, y ellos quanto mas tratavan à Eulogio mas se admiraván de sus raras virtudes, y de los excelentes dones con que Dios avia adornado su alma. Desta vez estuvo San Eulogio en Zaragoza, en Sigüenza, en Alcalá de Henares, y en Toledo, donde aviendo fallecido Uvifremio, Arçobispo de su Iglesia, y juntándose los Obispos de la Provincia con licencia de los Moros (como solian) para darle sucesor; y todos eligieron à Eulogio por Arçobispo de Toledo, estando ausente, por las grandes, y raras partes de santidad, doctrina, y prudencia, que concurrían en él. Mas el Señor no quiso que tuviesse efecto esta eleccion, ni que se sentasse en aquella Silla, porque le tenia aparejada otra de Martyr mas gloriosa en el Cielo. Avia buelto à Corjoa el santo Presbytero, y en ella hallado gran confusion, y turbacion de los Christianos, porque el Rey de Cordova Mahomad los perseguía con estraña rabia, y furor, procurando desarraigal Religion, y nombre de Christo de todo su Reyno. Muchos por temor se aumentavan, otros por su flaqueza renegavan; y no faltavan otros, que favorecidos del espíritu del Señor, ofrecían sus cuerpos à la muerte, para que sus almas gozassen de la vida que nunca se acaba, y con alegría derramavan su sangre por la Fè de aquel Señor que por ellos avia derramado la suya en la Cruz. En esta tormenta tan brava, y noche tan tenebrosa, embió el Señor à San Eulogio, para que resplandeciesse como vna luz venida del Cielo, y como sabio Piloto governasse la Nave de aquella Iglesia tan combatida de furiosas ondas, para que no dicsse al trabes, y del todo se hundiesse: porque no se puede creer lo que confortó à los flacos, encendió à los fuertes, levantó à los caidos, y detuvo à los que ibán à caer, con su vida, con su doctrina, y con los libros admirables que escribió, animando à todos para pelear valerosamente por Christo en aquella dura batalla; y escribiendo

despues las victorias, y coronas de los que avian bien peleado, y triunfado gloriosamente del enemigo. Y aunque estas obras eran bastantes para que los Moros le aborreciesse, y le deseassen dar muerte, y para que el Señor le hiziesse digno del martyrio, y le coronasse con los que él avia hecho Martyres por su exortacion; mas huvó otra causa particular del martyrio de San Eulogio, que fue la que aqui diré.

Vna doncella nacida de padres nobles, aunque Paganos, llamada Leocricia, vino à nuestra santa Fè, y se bautizó por persuasion de otra muger Christiana, cuyo nombre era Liciosa. Los padres de la doncella con palabras blandas, y con espantos pretendieron apartarla de su santo intento; mas la santa doncella, teniendo mas cuenta con el padre que tenia en el Cielo, que con el de la tierra, no hizo caso de sus amenazas; pero temiendo su flaqueza, se salió de casa de sus padres, por medio de vna hermana de San Eulogio, llamada Anulona, virgen dedicada à Dios, y el mismo San Eulogio (porque aquella oveja de Christo no fuesse tragada del lobo infernal) como buen Pastor la recogió, y la puso en lugar secreto, y seguro, y la mudava muchas vezes de vna parte en otra: y ella con vigiliyas, y ayunos, y vestida de cilicio, y postrada en tierra en la Iglesia de San Zoilo, ayudandola San Eulogio tambien con sus oraciones, pedia à Dios que la librasse de aquel tan instante peligro. Finalmente, por voluntad del Señor Leocricia fue descubierta, y vista, y hallada de sus padres con San Eulogio, que à la saçon avia ido à verla, para animarla en aquella tribulacion; y como los padres de Leocricia eran tan ricos, y poderosos, tuvieron forma para prender à su hija, y à Eulogio, y los presentaron delante del Iuez, acusando à la hija, por aver huido de casa de sus padres; y à Eulogio, por averla recibido, y encubierto. El qual siendo preguntado del Iuez, si era verdad lo que contra él dezian, y por qué lo avia hecho; respondió constantemente, que él, como Sacerdote de Dios, tenia obligacion de favorecer, y enseñar el camino del Cielo à todos los que viniesse à él con deseo de salvar sus almas; y que así lo avia hecho en Leocricia. Y como el Iuez mandasse traer varas para agotar à San Eulogio, él con gran serenidad le dixo, que no

se

se cansasse, porque las varas no le podrian quitar la vida del cuerpo, y mucho menos à Christo de su alma; pero que si le mandasse matar con hierro, quedaria en algo satisfecho, porque le quitaria la vida temporal, aunque no la eterna, que era Christo. Y con esto comenzó à dezir mal de Mahoma, falso Profeta de los Moros, y à predicar, que solo Iesu-Christo era verdadero Dios. Llevaronle à Palacio, y fue presentado à los del Consejo del Rey; y vno dellos, que era amigo de San Eulogio, teniendo del lastima, le quiso persuadir que dixesse allí bien de Mahoma, para satisfacer à los del Consejo, aunque despues fiesse su Ley, y permaneciesse en fer Christiano. Mas el Santo no se dexó persuadir de aquel, que con voz de falso amigo, era verdadero enemigo, y le pretendia pervertir; antes con mayor constancia, y firmeza comenzó à ensalzar la magestad, y divinidad de Iesu-Christo, y à vituperar las maldades, engaños, y abominaciones de Mahoma; así los Iuezes dieron sentencia que fuesse degollado. Al tiempo que le llevaban al martyrio, vno de los privados, y criados del Rey, que le avia oido dezir mal de su gran Profeta Mahoma, revestido de Satanás, llegó à San Eulogio, y le dió vna gran bofetada en su rostro. El Santo sin turbacion alguna ofreció la otra mexilla, diciendo, que allí podría darle otra; lo qual hizo aquel hombre maldito, dádolo testimonio de su perfida maldad, y el Santo de fer verdadero discipulo de Iesu-Christo. Llevaron à San Eulogio al lugar del martyrio con gran tropel de gente, y griteria, adonde hecha su oracion de rodillas, y levantadas las manos al Cielo, y armado con la señal de la Cruz, dió su cuello al cuchillo, y fue degollado en onze de Março, dia Sabado, à la hora de Nona, año de la Encarnacion del Señor de ochocientos y cinquenta y nueve. Fue vista vna paloma blanca sobre su cuerpo muerto; procuraron los Moros echarla de allí, y por buen espacio de tiempo no pudieron, hasta que viendose muy acosada dellos, tomó vuelo, y se asentó en vna torre, y desde allí mirava atentamente el santo cuerpo, el qual fue sepultado en el Templo de San Zoilo por los Christianos al tercero dia de su Martyrio. Escribió San Eulogio algunos libros con mucha doctrina, y mayor espíritu, y entre otros vn

Primera parte.

Memorial de Santos, y vn Apologetico de Martyres, y otro llamado Documeto también de Martyres; en los quales pone las vidas, y martyrios, aunque con mucha brevedad, de algunos Santos de su tiempo. Quatro dias despues del martyrio de s. Eulogio, la santa doncella Leocricia fue combatida terriblemente para que dexasse de fer Christiana, mas el que la avia escogido por sierva, y esposa suya, la defendió, y amparó de todos los asaltos, y maquinias de sus enemigos. Y visto que ninguna cosa era bastante para quitarle à Iesu-Christo, la degollaron, y echaron su cuerpo en el rio, de donde los Christianos le sacaron, y sepultaron en la Iglesia de S. Ginés. Despues el año de ochocientos y setenta, segun el Cardenal Baronio, fueron trasladados los cuerpos de s. Eulogio, y Leocricia à Oviedo; y hizo N. Señor algunos milagros por intercession de estos dos Santos, y con ocasion dellos se trasladaron otra vez sus cuerpos el año de mil y treientos, à los nueve de Enero, siendo Obispo Don Fernando Alvarez, y se colocaron en vna grande arca de plata, y le pusieron en el secretario q llaman la Camara santa, como lo dize Ambrosio de Morales en la vida de S. Eulogio, cuyas obras hizo imprimir, è ilustró con sus eruditas Anotaciones. El Martyrologio de Uardo pone la muerte de s. Eulogio à los 20. de Setiembre, y el Romano à los 11. de Março, que es el verdadero dia en que murió.

LA VIDA DE SAN GREGORIO,
Papa, y Doctor de la
Iglesia.

Entre todos los santos Doctores, y Pontifices, que por su singular virtud alcanzaron renombre de Grandes, ó Magnos, no ha avido ninguno, à quien con mas justa razón se aya dado este renombre que à S. Gregorio Magno, varon verdaderamente grande, por su nobleza, por sus riquezas, por su santidad, por su dignidad, y por sus milagros, como en esta su vida se verá; la qual recogeremos de Iuan Diacono, Autor antiguo, que la escribió en quatro libros, y de los otros Autores grandes, que emplearon su ingenio, y estilo en pintar, como con pinzel los hechos maravillosos, y heroicas virtudes deste Santo.

Rrr

Y por-

A 12. DE
MARÇO.Iuan Dia-
cono flo-
cio por los
años del
Señor de
872.

Y porque San Gregorio fue Monge, y Diacono Cardenal, y Sumo Pontifice, y en estos tres estados dechado de toda virtud, y dirémos lo que en cada vno dellos hizo.

Nació San Gregorio en Roma. Su padre se llamó Gordiano, de la orden de los Senadores, y varon riquísimo; y su madre Silvia, no menos fanta que ilustre. Fue bisnieto de Felix Tercero, Sumo Pontífice, y santísimo varon, y sobrino de la bienaventurada virgen Tarfila, la qual á la hora de la muerte mereció oír la musica del Cielo, y ver á Christo Nuestro Señor, que venia á recibir su santa alma. Llamaronle en el Bautifimo Gregorio, que en Griego quiere dezir *vigilante*, queriendo Dios ya desde su primera ninez darnos á entender el cuidado, y vigilancia que avia de tener de su salvacion, y de la de sus proximos; y luego fe descubrió esto mas con su buena inclinacion, y con el grande ingenio, y diligencia, con que aprendió perfectamente las letras divinas, y humanas, y la modestia, y gravedad con que vivió todo el tiempo de su mocedad. En vida de su padre se ocupó en negocios de la Republica, y fue Perfecto de la Ciudad de Roma, y despues q se vió señor de si, y de su hacienda, edificó en Sicilia seis Monasterios, y en Roma otro en sus mismas casas, y en él vna Iglesia con titulo de San Andrés. A todos estos Monasterios dió rentas, y heredamientos bastantes con que los Monges pudiesen vivir; y el resto de su patrimonio (que era amplissimo) lo vendió, y repartió á los pobres. No se contentó con aver dado toda su hacienda al Señor, antes él mismo se le ofreció en holocausto, dando libelo de repudio á todas las causas fragiles, y caducas del siglo, y tomando el habito de Religion, para vivir en santa pobreza, con menofprecio de todo lo que no es Dios: lo qual el Santo mucho tiempo antes avia deseado, como él mismo lo escribe á San Leandro en el proemio de los Morales, y con varias ocafiones, y embarços lo avia dilatado, hasta que cō el favor de Dios vino á rōper con todo lo que le tenia. Fue Monge en el Monasterio que él mismo avia edificado en Roma, siendo Abad vn varon venerable llamado Valencio (que assi se llama el mismo Santo) el qual antes avia sido Abad de otro Monasterio en la Provincia

de Valeria, donde San Euquicio, varon santissimo, avia sido Padre, y fundador de muchos Monasterios, y del haze mencion San Gregorio. En este Monasterio fue la vida de San Gregorio perfectissima, y tal, que en ella, como en vn espejo, se miravan todos los Religiosos, y assi andando el tiempo le eligieron por su Abad, y Prelado, aunque con gran repugnancia del Santo, que deseava mas obedecer, que mandar. Era extraordinaria su obediencia, y continuos sus ayunos, y oraciones. Estava todo el tiempo que podia aborto en la contemplacion de Dios; y con esto vino á debilitarse el estomago, y á padecer vnos desmayos tan recios, que era menester acudirle con alguna cosa de comer, para bolverle en si, y sustentar la flaca naturaleza, para que no desfalleciesse. Fue esto de manera, que vn Sabado Santo, no pudiendo por su flaqueza ayunar, se vió muy congoxado, y afligido, y llamando á vn santo Mōge, por nombre Eleuterio (de quien avia oido dezir, que avia resucitado vn muerto) se entró con él en su Oratorio, y con muchas lagrimas, y solloços comencó á suplicar á Nuestro Señor, que le diese fuerzas para poder ayunar aquel dia (que los Santos no sienten rāto sus enfermedades, quanto no poder con ellas hazer obras de penitencia), y luego se las dió el Señor tan enteras, que ayunó aquel dia, y pudiera ayunar el siguiente. Solia comer en el Monasterio algunas legumbres, que silvia su madre le embiava en vn vaso de plata. Acació vna vez, que estando escribiendo san Gregorio, vino á él vn Angel del Cielo en figura de vn mercader, que andando por la mar avia dado al trabēs con el navio, y perdido toda su mercaderia, y por esto se hallava en gran necesidad. Púsose delante, y pidióle limofina, y el santo le mandó dar seis ducados. Bolvió luego, y dixo le, que lo que avia perdido era mucho, y lo que avia recibido muy poco para remediarfe, que le rogava, que le diese mas; y el santo le mandó dar otros seis ducados. De alli á tres dias tornó la tercera vez, y muy lloroso, y angustiado pidió nuevo socorro, alegando su extrema miseria, y san Gregorio ordenó al Procurador que le diese otros seis ducados; y como no los huviesse en casa, ni otra cosa que poderle dar, sino sola aquella taça de plata, en

Lege
Baro. l. 7.
pag. 186.
donde
dice, que
O. Grego-
rio no to-
mó el ha-
bito de S.
Benito si-
no de Sā
Euquicio
Dialo. l. 1
ca. 4.

que

que su madre le embiava las legumbres que he dicho, fe le mandó dar. De alli adelante fueron tantos los milagros q s. Gregorio hizo, q claramente se entendió, q aquel pobre avia sido Angel del Señor, y q le avia sido muy agradable la limofina q él sin importunarle le avia hecho, como adelante se verá. Embió vna vez á comprar las cosas necesarias para el Monasterio á vn Monge moço, y en su compañía, y guarda otro viejo, el moço fiso del dinero que llevaba, sin que el viejo lo entendiesse (que no es maravilla que en qualquiera Monasterio, por santo q sea, se halle vn Judas, pues se halló en el Colegio Apostolico) y bolviendo al Convento, llegando á la puerta de la Iglesia, el demonio se apoderó del, y cayó alli en tierra. Acudieron los Monges, y con su oracion le librarón. Preguntando por el Abad, si avia hurtado algo, lo negó, y luego tornó á ser atormentado del enemigo; y ocho vezes le dexó, y otras tantas le tornó á atormentar, quando negava la verdad, hasta que confesandola á los pies de San Gregorio, y humillandose, y haziendo la penitencia que le dió, fue totalmente libre del espiritu maligno. Vn Monge se determinó de dexar los habitos, è irse del Monasterio: abrió los ojos, y hallandose ciego, comencó á temblar, y dar gritos, y salir fuera de si, de manera, que no entendia, ni sentia cosa que en él se hiziesse. Mandó San Gregorio llevarle delante del Altar de S. Andrés. Llevaronle, y puestos alli los Monges con oracion, bolvió en si, y confesó que le avia aparecido vn viejo, que le reprehendia, diciendole: Como tu quieres huir del Monasterio? Y que le avia entregado á vn petro grande, y negro, para que le despedazasse, mas que despues á ruegos de los Monges, el viejo le avia librado de aquel petro espantoso que venia sobre él. Teniendo otro Monge pensamiento de dexar la Religion secretamente, quiso entrar en el Oratorio, y luego fue atormentado del demonio, y en saliendo le dexava, y todas las vezes que porfiava á entrar, le tornava á atormentar; y aviendo esto sucedido muchas vezes, san Gregorio le preguntó la causa, y él la confesó llanamente. Hizo el santo con sus Monges tres dias oracion por él, y libróle de aquella tentacion, y mal espiritu que tenia. Otra vez buyerón dos Monges del Monasterio, y

temiendo de no ser alcançados, y descubiertos, se entraron en vnas cuevas muy occultas, y secretas, no lexos del camino, y para asegurarse mas cerraron la entrada con piedras. San Gregorio embió tras ellos, y los que los iban á buscar, dando bueltas á vna parte, y á otra, vinieron á dar en aquellas cuevas, donde los Monges fugitivos estavan, y por mucha diligencia que usaron, nunca pudieron mover de aquel lugar las cavaladuras en que iban; y pareciendoles que no era acaso, sino por voluntad de Dios, se apearon, y quitaron las piedras de la boca de las cuevas, y entrando, hallaron á los Monges tendidos en el suelo, y los bolvieron al Convento, y ellos, parte por aquel milagro, y parte por la amonestacion de San Gregorio, reconocieron su culpa, y aquella huida les aprovechó para perseverar en la Religion. Supo San Gregorio que vn Monge que estava muy enfermo, y casi para morir, tenia escondidos tres ducados, y pareciendole gravissimo delito, mandó al Prior del Monasterio (que se llamava Precioso) que no permitiesse que algun Monge le visitasse, ni consolasse, para que sabiendo que en todo el Convento era aborrecido, alomenos á la hora de la muerte reconociesse su culpa, y la llorasse, y fe salvasse. Murió el Monge, y no quiso el Santo que su cuerpo fuese enterrado con los demás, sino en vn muladar donde fue echado, y con él los tres ducados, diziendo todos: *Pecunia sua secum sit in perditionem*. Maldito sea tu dinero, bien es que te acompañe, que vaya contigo en este camino de perdicion. Fue de gran provecho este rigor, porque el Monge propietario, quando supo el aborrecimiento que todos le tenian, tuvo gran sentimiento de su culpa, y la lloró, y murió con penitencia della, y los demás por no caer en otro tal, traian á los pies del Abad todo lo que tenian, aunque no fuesse contra la regla el tenerlo. Al cabo de treinta dias, apiadandose el santo Padre del anima de aquel pobrecillo, mandó á Precioso, que por otros treinta dias, sin saltar ninguno, dixesse cada dia Miffa por ella, y assi lo hizo, y en el postrero de los treinta dias apareció el difunto á otro hermano suyo, y le reveló, que hasta aquel dia avia estado purgádo sus pecados en el purgatorio, y que iba entonces á la gloria

por misericordia del Señor: lo qual se entendió que avia sido por las treinta Missas que avia mandado dezir San Gregorio por él; y de aqui se tomó la costumbre de dezir treinta Missas por los difuntos, y de llamar las las Missas de San Gregorio. En este mismo monasterio avia vn moço llamado Teodoro, que mas por necesidad, que por voluntad, vivia en él en compañía de otro hermano suyo Religioso. Era inquieto, y desafossegado, y hazia burla de todos los que hablaban en ser Frayles; fue herido de pestilencia, y San Gregorio con los Religiosos hizieron oracion por él, y estando, ya con los miembros del cuerpo frios, y con solo el pecho caliente, levantó vna voz tremenda, y comenzó a dezir en grito a los circunstantes: Idos, idos de aqui, porque yo estoy entragado al dragon para que me trague, y no me puede tragar en vuestra presencia. Ya me tiene afido por la cabeza, y por vuestro respeto no me acaba. Deziale San Gregorio, que hiziesse la señal de la Cruz, y él respondía: Yo queria hazerla, mas no puedo, impedido de las escamas deste dragon. San Gregorio, y los Monges con mayor instancia, y fervor profiguieron su oracion, derramando muchas lagrimas por aquel alma que veian perecer y a cabo de rato el pobre enfermo comenzó a hazer gracias a Dios, y con otra voz mas suave, y clara a dezir: Por vuestras oraciones no me ha tragado el dragon, y es huído, rogad a Dios por mi, que me perdone mis pecados, que aparejado estoy a ser de veras Religioso; y con esto aquel moço perdido, por las oraciones de San Gregorio se ganó, cobró salud, y alcanzó la gracia del Señor, y remission de sus pecados.

Passando vn dia San Gregorio por vna pleaça, vió vnos moços que se vendian, de hermoso rostro, blancos, y rubios, y de muy gentil disposicion. Preguntó de donde eran? Y dixeronle, que Ingleses de nacion. Quiso saber si los de aquella tierra eran Christianos, o Paganos, y respondióle, que eran Paganos. Enternecióse el Santo, y lloró muchas lagrimas, diciendo: Como las almas de vnos Angeles, como estos son en el cuerpo, posee Saranas? Y fué al Papa Benedicto I. deste nombre, que a la fazon presidia en la Iglesia del Señor suplicóle que embiasse Predicadores a

Inglaterria, que alumbrasen aquella gente ciega, y la convirtiesen a la Fe de Christo, y él mismo se ofreció que iria de buena gana, si su Santidad le dava su bendicion. Tuvo el Papa por bien, y San Gregorio, con algunos otros siervos de Dios, le puso luego en camino para esta jornada: pero quando se supo la partida, fue tan grande el sentimiento, y alboroto, que huvo en Roma, que yendo el Papa a la Iglesia de San Pedro, todo el pueblo a gritos clamava: Padre Santo, mucho aveis ofendido a San Pedro; aveis destruido a Roma, dexando salir della a Gregorio. Fue esto demanera que el Papa embió tras él, y le mandó volver, y tornar a su Monasterio.

Estando aqui el Santo muy fofegado, y contento le fue forçoso salir a pleaça, y dexar su quietud porque el Papa Pelagio Segundo, que avia sucedido a Benedicto, le hizo Diacono Cardenal, y le embió a Constantinopla por Legado, y Embaxador suyo al Emperador Tiberio, para tratar algunos negocios graves, y de grande importancia; para los quales fue de mucho peso la gran santidad, doctrina, y prudencia de San Gregorio. El qual aviendo de dexar su Monasterio, y hazer aquella jornada, llevó consigo algunos de sus Religiosos, que de buena gana le siguieron, para conservar mejor en su compañía, y santa conversacion (como él mismo lo dize) los propositos, y exercicios que solia tener en su Convento. En Constantinopla fue muy bien recibido del Emperador, y despachó los negocios a que iba muy a su gusto, y contento. Allí travó amistad con San Leandro Arçobispo de Sivilla, el qual avia ido a Constantinopla a pedir socorro al Emperador Tiberio en nombre del Principe de España Ermenegildo, y de los otros Catholicos, contra Leovigildo su padre, y los hereses Artianos, de los quales eran oprimidos. A peticion, y ruegos de San Leandro comenzó San Gregorio a escribir en Constantinopla los treinta, y cinco libros admirables de los Morales sobre Job, los quales despues acabó en Roma. Dellos dize S. Isidoro, que aunque todos los miembros del cuerpo fuesen las léguas no podría explicar los misterios que contienen, ni los preceptos que en ellos se dan para buenas costumbres, ni la eloquencia con que son escritos. Allí tambien tuvo vna gran

dispu-

disputa con Eutiquio Patriarca de Constantinopla; y le cóvenció delante del Emperador, y le hizo desdezir, y quemar vn libro que avia escrito en materia de la resurreccion de la carne. Porque Eutiquio, aunque fue varon santo, y padeció destierro por la Fe, y hizo milagros, y tuvo otras virtudes señaladas; toda via el Señor permitió que cayesse en vn error grave, para su mayor humillacion, y exemplo, y recato nuestro. Vino a creer, y enseñar, que nuestros cuerpos, quando resucitarán, no serán papeles, ni de carne, sino mas sutiles que el ayre: pero S. Gregorio con evidentes razones le provó, que serán papeles, y de carne verdadera en su naturaleza, y aunque vestidos de gloria, é inmortalidad, tendrán el dote de la sutileza, a la manera que Christo Nuestro Redemptor, despues de su resurreccion, entró a sus Discipulos las puertas cerradas, y les mostró sus pies, y manos, y les dixo: *Pal-*

Luc. 24. pax, y ved que el espíritu no tiene huesos, ni carne. Y quedó Eutiquio tan persuadido desta verdad, que cayendo luego, despues desta disputa en vna enfermedad de que murió, tomando con la mano la piel de su brazo, dezia: Yo confieso que todos resucitaremos en esta carne. Estuvo San Gregorio enfermo en Constantinopla de vna grave enfermedad, de que sanó. Detuovose en aquella Ciudad algú tiempo, y por el amor y devocion que le tenian, vino a visitarle de Italia vn Abad de su Monasterio, que se llamava Maximiano, con otros Menges suyos: los quales bolviendo de Constantinopla a su casa, pasaron vn horrible tormento en la mar; y perdido el timon, quebrado el mastil, caidas las velas, corrieron ocho dias con tan gran peligro, que todos se tenian por muertos, y no parecia que la nave anduviesse sobre el agua, sino la agua sobre la nave. Abraçaronse todos, lloraronse, y despidieronse vnos de otros, al noveno dia llegó la nave al puerto de Cotron, que es en el Reyno de Napoles: y en desembarcando Maximiano con sus Menges, luego se fue a fondo en el mismo puerto, teniendo todos por cierto, que las oraciones de San Gregorio los avia librados; y que no avia querido Nuestro Señor que pereciesen en aquella tempestad, los que por su amor avian venido con tanto trabajo, y de tan lexos a verle.

Despues que en Constantinopla con-

cluyó sus negocios, muerto ya Tiberio Emperador dando asiento las cosas de Italia, con Mauricio, que le avia sucedido en el Imperio, y cuyo hijo avia sacado de pila, se bolvió a Roma con Smeragd Exarco, y Capitan de el nuevo Emperador, que venia con gente a socorrerla contra los Longobardos que la arruinavan. Llegó a Roma S. Gregorio, trayendo consigo de Constantinopla el brago de S. Andrés Apollol, de quien era muy devoto, y la cabeza de S. Lucas Evangelista, que oy dia se muestran, y reverenciá en Roma. Fue recibido del Papa Pelagio, y de toda la Ciudad, como vn Angel del Cielo; y puesto caso, que con las armas del Emperador se reprimieron los Longobardos, y huvo en la tierra alguna paz, y quietud; mas el Cielo comenzó a hazer vna guerra muy terrible, y cruda a Roma, porque con las muchas aguas, y avenidas, creció el Tiber, y entró de sapoderadamente por la Ciudad, y la inundó, y destruyó muchos edificios, y la inficionó con vna gran muchedumbre de serpiétes, y vn dragon, que vinieron por el rio, y despues que fueron muertos, corrompieron el ayre, y se siguió vna pestilencia cruelissima: la qual arrebató innumerable gente, quedando las casas vazias de moradores, y la Iglesia Catolica sin cabeza, y Pastor, porque tambien se llevó al Sumo Pontifice Pelagio. Era grandissima la angustia, pavor, y espanto de todos los que vivian en Roma: y no tenian otro consuelo, despues de Dios, sino saber que estava en ella S. Gregorio, que solo por la santidad de vida, y gran valor, y prudencia podia dar algun remedio a tantos males; y assi se determinó todo el Clero, y pueblo de elegirle por Sumo Pontifice, y Pastor universal de la Iglesia. Mas el Santo como era tan humilde, no quiso consentir en su eleccion; pero viendo toda la Ciudad tan determinada, y puesta en ello, dió a entender, que lo aceptaria, si el Emperador Mauricio dava su consentimiento. Porque en aquel tiempo los Emperadores, por razon de estado, mas que por poderlo legitimamente hazer, se avia usurpado la potestad, y preeminencia de aprovar, y confirmar la eleccion que el Clero, y pueblo Romano hazia de los Sumos Pontifices; juzgando, que viviendo ellos en Constantinopla, y el Papa en Italia, sino fuesse persona muy confidente suya, la podian alterar, y rebolver: y los

Papas

Papas por la necesidad que tenían de el favor de los Emperadores para defenfa de la Iglesia, passavan por allo. Y como Mauricio Emperador avia quedado tan amigo de San Gregorio, creyó el Santo, que rogandofelo no daria su consentimiento en aquella eleccion, por hazerle plazer; y assi fe lo escrivió, y pidió con mucha instancia que lo hiziesse. Mas Germano que era Perfecto de Roma (como dize San Juan Diacono) ó hermano del mismo San Gregorio (como lo escribe San Gregorio Turonense) entendiendo el intento de S. Gregorio, cogió las cartas que escrivia al Emperador, y las entretuvo, y escrivió otros en nombre suyo, y del Senado, Clero, y toda la Ciudad, suplicandole que tuviesse por buena aquella eleccion, y diessse su beneplacito, y consentimiento: porque para curar las llagas, y males presentes, no avia otra mejor medicina, ni remedio, que el de aquel santo, y excelente varon. Este despacho se embió á Constantinopla; mas entretanto que se aguardava la respuesta del Emperador la pestilencia se embravecia, y hazia gran rifa en la Ciudad, sobre la qual parecia que llovía la ira de Dios. Para aplacarla, demás de la continua, y fervorosa oracion que San Gregorio hazia por si, y por sus Monges, y otros siervos de Dios, tomó la mano con el pueblo, y exortóle á penitencia, y á reconocer, que por sus pecados venia aquel castigo de el Cielo, y á llorarlos amargamente, y enmendar la vida, á exemplo de los Niniytas (que mediante el ayuno, y penitencia conservaron su Ciudad, contra la qual ya el Señor, por medio del Profeta Ionás, avia pronunciado la sentençia de su assolamiento, y destruccion) y á este proposito hizo vn admirable razonamiento á todo el pueblo, y en espacio de vna hora que duró, murieron allí en el auditorio ochenta personas subitamente: mas no por esto perdió el animo el Santo, antes los confortó, poniendoles delante su peligro, y juntamente la misericordia del Señor. Y ordenó que el dia siguiente se hiziesse vna procession muy solemne, ó por mejor dezir, en vna siete processiones; de los Clerigos, de los hombres legos, de los Monges, de las Monjas, de las caladas, de las viudas, y de los pobres, y niños, para que cada vno destos estados saliesse de su particular Iglesia, e hiziesen su procession

102. Dia.
in vit.
Gr. l. 1. c. 3.
40.
Gr. Turon.
hist. bra.
l. II. c. 1.

por si, cantando todas las Letanias; hasta llegar al Templo de Santa Maria la Mayor, adonde todas las processiones iban á parar; cuya Imagen que pintó S. Lucas, llevavan en la procession. Y era cosa de grande admiracion, que el ayte corrupto por donde passava la Imagen, se iba apartando, y dando lugar; San Gregorio alçando los ojos vió sobre el castillo, ó sepulcro antiguo del Emperador Adriano, vn Angel que embaynava la espada por lo qual entendió que ya se avia amanado la justa saña del Señor, y que mandava al Angel, que alçasse la mano del castigo, y assi fue, y por esto se llamó de allí adelante, y oy dia se llama aquel edificio el Castillo de san Angel. Con esto quedó Roma libre de aquella durissima afliccion, mas no lo quedó San Gregorio de cuydado, y de temor de lo que el Emperador avia de responder, el qual quando supo la eleccion que en Roma se avia hecho de Sumo Pontifice en la persona de San Gregorio, se holgó sobremanera, por tener ocasion de honrar á quien tan bien lo merecia; y assi escrivió cartas de mucho contentamiento, aprobando lo que se avia hecho. Supo esto el Santo, y determinó de huyr de la Ciudad, y esconderse, y concertandose con ciertos mercaderes, y mudando el habito salió disfrazado de Roma, huyendo por montes, y bolques, y cuevas á aquella suprema dignidad, con tanta diligencia, y cuydado como otros la apeteçen. Pero el Señor que le avia escogido, y honrado á los humildes, quanto él mas se queria esconder, mas le descubria con vna columna resplandeciente del Cielo, que pendia siempre sobre él, y do quiera q se mudava, le acompañava; y con este indicio fue hallado de los que fueron embiados por parte de la Ciudad para buscarle; y traído á Roma, fue consagrado por Vicario de Christo Nuestro Señor, en la Iglesia de San Pedro, con repugnancia suya.

Mas rendido ya á la voluntad de Dios, que por tantos caminos avia mostrado que se queria servir del en aquel oficio de Sumo Pastor, consintió á su eleccion: y assi fue consagrado á los tres de Setiembre, en que la Santa Iglesia celebra su consagracion; y fue el año del Señor de quinientos y noventa, en el quinto año del Imperio de Mauricio, como se faca del mismo San Gregorio en el principio del segundo libro

Gr. Turon.
hist. Fra.
l. 10. c. 1.
102. Dia.
vit. S. Gr.
l. 1. c. 44.
Baro. t. 8.
pag. 7.

Vide Ba.
ro. tem. 7.
p. 653.
Gr.
ro. 8. pag.
de

2. & in de su Registro. Pero siempre quedó gemido debaxo de aquel peso tan grave, y suspirando por su celda, y quietud; y assi dice el mismo Santo en vna Epistola: *Que edit. Ro. eya subido al sumo Sacerdocio, si me amays ma anno. llorame, porque son tantas las ocupaciones 598. li. 1. deste mundo, que con el cargo casi me veo epist. 28. apartado de el amor de Dios: lo qual oy continuamente lloro, y os ruego que me oreys al Señor Y en otra Epistola escribiendo á San Leandro, dize estas palabras: Yo soy combalido de tantas, y tan horribles ondas deste siglo, que no puedo endereçar al puerto esta nave vieja, y carcomida, que Dios me ha mandado gobernar por su oculta dispensacion. De vna parte me embisten las hondas furiosas, y contrarias; de la otra la mar brava sube hasta los Cielos, y por todas partes la tempestad me cerca, y persigue, y yo turbado soy forçado á endereçar algunas vezes el governalle contra la misma tempestad, y otras á desviar la nave de el imperu de la corriente; y me congozo, porque conozco que por mi negligencia crecen los vicios, y la nave haze agua, y con la furia de los vientos contrarios, y braveza del mar está para abrirse, y perderse. Acuerdame con lagrimas que he perdido la playa sosegada de mi quietud, y dando muchos suspiros, miro la tierra á la qual por los vientos contrarios no puedo llegar. No se puede facilmente creer lo que este santissimo, y verdaderamente gran Pontifice hizo en los años que gobernó para gloria de Dios, y bien de la Iglesia Catolica, reformation de las costumbres, edificacion de los fieles; remedio de los pobres, consuelo de los afligidos, y reparo de la disciplina Ecclesiastica, y lustre, y ornamento de la Christiana Religion.*

Ante todas las cosas, como quien tan bien sabia quanto importa la salud de la cabeza, para que todos los miembros la tengan, y que la casa de el Principe sea dechado de virtud á los demás, no quiso tener en su Palacio para su servicio, y camara hombres seculares, aunque fuesen illustres, sino Clerigos de conocida bondad, doctrina, y prudencia, y có ellos algunos Monges, para vivir en lo que pudiesse como Monge y en la Iglesia representasse mejor la autoridad Pontifical. En las provisiones, que hazia no tenia cuenta con la riqueza, ni con la pobreza de la persona, sino con la bondad de la vida, y excelencia de la doctrina, y con las otras partes que se requie-

ren para el oficio, ó beneficio que proveia y assi en su Pontificado florecian las buenas artes, y disciplinas, y Roma era vn modelo de vida Christiana, y Religiosa, y muchos Cavalleros dexando el habito seglar, se hizian Clerigos. Hizo vn Concilio en Roma, y en él quito muchos abusos, y ordenó muchas cosas saludables, y provechosas para el servicio de Dios, y edificacion de los fieles. Tuvo gran cuenta de el Culto Divino, y de las Ceremonias Ecclesiasticas que se deven guardar, y de las Antifonas, Oraciones, Epitafas, y Evangelios, que por todo el año se cantan en la Misa: como se vé en el libro llamado Antifonario, y en el Sacramentario que escrivió. El fue el que instituyo las Letanias, que llaman mayores como algunos dicen: ó lo que es mas cierto ordeno, que las Letanias que antes se celebravan, y la procession solemne que se hazia, de allí adelante fuesen á San Pedro, como se faca del mismo San Gregorio en el principio del segundo libro del Registro; y lo trae el Cardenal Baronio en las Anotaciones del Martyrologio á veinte, y cinco de Abril. El fue el que acrecentó las estaciones principales de Roma. El que reformó el canto Ecclesiastico, que hasta oy dia se llama canto Gregoriano. Y tenia tan gan cuydado y vigilancia de esto, que hizo labrar dos casas: vna junto á San Juan de Letran, y otra cerca de San Pedro, para que aprendiesen á cantar los Clerizones, y Ministreros que servian en la Iglesia. Y era tanta su humildad, y devocion; que el mismo Santo Pontifice, estando malo de la gora se hazia llevar adonde cantavan los muchachos, y tendido en vna cama los enseñava, y corregia, teniéndolo vn acote en la mano para castigar al que faltasse. Y dize Iuan Diacono, que hasta su tiempo se conservava la camilla en que solia estar, y el acote con que castigava. Por la devocion tan entrenable, y rara sollicitud con que este santo se ocupava en todo lo que toca al culto de Dios, y al ornato de la Iglesia especialmente al Sacrosanto Sacrificio de la Misa; hizo nuestro Señor algunos milagros para mostrar que le era grato todo aquello en que él ponía la mano. Vno fue, que queriendo Consagrar vna Iglesia de Santa Agueda para uso de los Catholicos; de la qual antes se avian servido

los

Baron in
annotae.
Marriz.

los Hereges Arrianos: y para hazerlo mas solemnemente, llevando en procession algunas reliquias de San Sebastian, y de la misma Santa Agueda para colocarlas en el Altar, mientras que cantava la Missa el Pontifice, salio vn puerco de la Iglesia gruñiendo, y haziendo grande ruydo, entendiendo todos, que el demonio, que avia tenido por suya aquella morada, huia de ella, luego que entraron las santas reliquias. Y algunas vezes estando las lamparas de aquella Iglesia muertas se encendieron por si mismas, sin que ninguno pudiesse en ellas la mano. Y vn dia baxò vna nube lucidissima sobre el Altar, y se derramò por toda ella vna fragancia tan suave, y celestial, que estando la puerta abierta, no osava nadie entrar dentro, por acatamiento, y reverencia: otro milagro fue, que diziendo vn dia Missa San Gregorio, y llegandose a Comulgar vna muger, que avia ofrecido el pan que en la Missa avia consagrado, al tiempo que dixo aquellas palabras: *El Cuerpo de nuestro Señor Jesu-Christo guarde tu alma para la vida eterna*, viò que se sonreia la muger, poniendo la forma sobre el Altar, acabò su Missa, y despues alli delante de todo el pueblo mandò à la muger, que dixesse, porque en aquel punto que queria recibir el Cuerpo del Señor, temerariamente se avia reydo. Y la muger despues de aver callado vn rato, al fin dixo: Porque vos dixistes; que el pan que yo avia hecho con mis manos era Cuerpo del Señor. Oyendo esta respuesta San Gregorio, con todo el pueblo se arrodillò delante del Altar à hazer oracion al Señor, y suplicarle, que abrieffe los ojos del alma à aquella pobre muger: y luego la Forma consagrada se convittió en carne, y èl en presencia de todos los que estavan presentes, se la mostrò à la muger incredula: y con este milagro ella se reduxo, y el pueblo quedó confirmado en la Fé, y de allí à poco, la Hostia bolvió à tomar la especie de pan que antes tenia. Vinieron à Roma ciertos Embaxadores, à suplicar al Papa que les diese algunas reliquias para sus Iglesias, y el santo Pontifice, tomò vn lienço delgado, y limpio, que llamavan Brandeo, y pusole en vna caxita (como se vsava hazer en aquel tiempo en Roma) y la caxita junta al cuerpo de aquel Santo, cuyas reliquias se pedian, y despues sellandola con reverencia;

se la diò à los Embaxadores, para que la llevasse à su tierra, sin dezirles que era. Partieron los Embaxadores, y en el camino, queriendo saber lo que llevavan, hallaron el lienço solo, sin otra alguna reliquia. Tornaron à Roma, y agraviaronse, y quexaronse de San Gregorio, porque los avia querido engañar. El Santo tomando el lienço, le puso sobre el Altar, y postrado en oracion con el pueblo, suplicò à nuestro Señor, que manifestasse lo que alli avia, y la reverencia con que se devia recibir qualquiera cosa que embia la Sede Apostolica por la reliquia: y despues levantandose en presencia de los Embaxadores, con vn cuchillo punçò aquel lienço, y luego salio sangre, quedando los Embaxadores espantados, y confusos por aquel milagro: y tomando aquel sagrado lienço en su caxita, se bolvieron à su patria con gran contentamiento. Y esta era la costumbre que entonces avia en Roma, y de esta haze mencion el mismo San Gregorio en vna Epistola que ecrive à la Emperatriz Constanca, que le avia pedido la cabeça de San Pablo para vn Templo sumptuoso que ella edificava con nombre de el mismo Apostol en Constantinopla. A la qual respondió San Gregorio, que los Pontifices Romanos no acostumbra van dar las reliquias de los cuerpos de los Santos, ni aun tocarlas, sino con grandissima veneracion, y que lo que solian hazer, era embiar el Brandeo, ó lienço de la manera que avemos dicho, por el qual hazia Dios grandes milagros. Y por gran presente, y don singular, embió à la Emperatriz vnas limaduras de la cadena de San Pablo, como se puede ver en la misma Epistola, lo que es admirable, y la 30. de el libro 3. del Registro: y mucho para considerar el respeto, y reverencia con que se deven tratar las reliquias de los Santos.

No parava en solo el culto exterior, y ornato de la Iglesia, la vigilancia deste santo Pastor, antes era mucho mayor en mirar por los Templos vivos de Dios, para reparar lo caydo, y hermosear lo que estava deslumbrado, y remediar las almas, y los cuerpos de los subditos. Su caridad para con los pobres fue maravillosa, y por ella recibió grandes dones de Dios. Combida-valos à comer en su mesa, y queriendo vna vez por su humildad, dar èl mismo agua à manos à vn pobre peregrino, mientras que

*Lib. 3. Re-
gistr. Epist.*

toma-

tomava el jarro, para hazer este oficio tan humilde, y el peregrino desapareció, y la noche siguiente Christo nuestro Señor le apareció en sueños, y le dixo: *Otras vezes me has recibido en mis miembros, mas ayer me recibiste en mi persona.* Otra vez mandò à vn

Capellan suyo que llamasse à comer doze pobres, y entrando à verlos el santo, notó que eran treze; y diziendo al Capellan que porque avia llamado treze aviendole el mandado q̄ llamasse a doze? Respondió el Capellan que à doze avia llamado, y que doze eran, y no mas, porque verdaderamente èl no veia sino doze: Pero San Gregorio veia treze, y pareciendole que no era sin mysterio, puso los ojos en el trezeno, y començò à mirarle con atencion, y viò que mudava las colores, y el semblante de el rostro; pareciendole vnas vezes moço, y otras viejo. Acabada la comida, le tomò à parte, y le conjurò, que le dixesse quien era, y como se llamava, y èl le respondió: *Porque me preguntas mi nombre, que es admirable? Yo soy (dize) aquel mercader perdido en el mar, à quien tu diste los doze ducados de limosna, y la escudilla de plata de tu madre. Sabe cierto, que por aquella obra quiso Dios que tu fueses sucesor de San Pedro, que se executasse en ti, lo que eternamente avia determinado, pues tambien imites a Pedro, y tienes cuydado à los pobres.* A esto dize San Gregorio. *Como sabes tu que Dios avia determinado esto? Porque soy Angel (dize) y èl me embió para proviarle.* Oyendo esto San Gregorio se turbò: y el Angel le dixo: *No temas Gregorio, que el Señor me ha embiado à ti para que te asistes, y te guarde hasta la muerte, y para orogarte por mi mano todo lo que suplicares.* A estas palabras se derribò San Gregorio el rostro pegado en el suelo, con gran reverencia, y temblor, dixo: *Si por vna cosa tan paucena me ha hecho Dios Pastor universal de su Iglesia, quanto mayores cosas puedo yo esperar de su bendita, y larga mano si le sirvo con grande afecto, y reparto a los pobres todo lo que es suyo?* De aqui vino el Santo à ser tan liberal, y dadivoso, que no avia Iglesia, Monasterio, Hospital, casa de devocion, ni persona pobre, y menesterosa que no participasse de su benignidad. Tenia escritos en vn libro todos los pobres que avia dentro de la Ciudad de Roma, y en sus arabales, y pueblos comarcanos, à los quales repartia su provision, y limosna confor-

Primera parte

me à su calidad, y necesidad. A los pobres enfermos embiava cada dia lo que avian de comer; y à los vergonzantes, y mas honrados, algun manjar à su proposito, y mas regalado. Y era este cuydado de los pobres, que tenia el Santo Pontifice, tan extraordinario, que por vna vez supo que se avia hallado muerto vn pobre en vn barrio apartado de la Ciudad, se congoxò, y angustió demanera, que se abstuvo de dezir Missa algunos dias, temiendo que fuesse muerto de hambre; de otra incomodidad por culpa suya: y queriendo hazer penitencia della y castigarle con no llegar al Altar, que es raro exemplo, y mucho para ponderar, assi por la folicitud, que este santo Pontifice tuvo de remediar los pobres como por la devocion, y dulçura con que celebrava Missa cada dia, pues dexò de celebrarla, para hazer penitencia de la culpa que no tenia.

Esta tan estraña vigilancia, y piedad para con los pobres, no era limitada para solos los que avia en Roma, ò en su comarca, antes se estendia en toda Italia, y todas las Provincias mas apartadas, y remotas en q̄ la Sede Apostolica tenia rentas, y bienes, porque en todas ellas tenia San Gregorio mayordomos, y ministros que las cobravan y repartian à los pobres, que èl les señalava, con tanta particularidad, y puntualidad que pone admiracion à los que leen las Epistolas deste Santo, que tratan desta limosna que son muchas, y varias, y dignas de consideracion. Sustentava en Roma tres mil Monjas, de tan santa vida, que el mismo S. Pontifice dize, q̄ fino fuera por las oraciones, y lagrimas dellas, no huviera persona que de las armas de los Longobardos se huviera podido escapar. Embió à Ierusalen a vn Abad, q̄ se llamava Probo, con buena cantidad de moneda, para que edificasse en aquella Ciudad vn Hospital al qual mientras que vivió, le proveyò de lo que avia menester. Y lo mismo hizo en el monte Sinay con los Monges del Monasterio de Santa Catalina virgen, y martyr, que por mano de Angeles fue alli sepultada: Y no se contentava San Gregorio con hazer esto con los pobres que aqui havemos referido, mas tambien velava sobre los otros Obispos, y Prelados, inquiredo lo que ellos hazian, y reprehendiendolos quando no hazian lo que era razon. Y escriviò à vn Obis-

*Lib. 6.
cap. 197.*

Sss

po,

po, que era escasso con los pobres, que supiese, que no le bastava para dar buena cuenta a Dios, el estar retirado estudiando, y orando, si sus obras no eran fructuosas, y no tenía la mano abierta, y larga para remediar las necesidades de los pobres, y sino pensava que la pobreza agena era suya: y que sino hazia esto, falsamente tenia el nombre de Obispo.

Si la caridad de San Gregorio, para remediar las necesidades de los cuerpos, era tan estremada, que diremos de la que tuvo para remediar las almas, y traer a todo el mundo al conocimiento, y amor de Dios? Ardía el pecho del S. Pontifice de amor divino, y deseava que todos amassen al Señor, y especialmente le estimulava la conversion de el Reyno de Ingalaterra, que siendo Monge con tanta ansia avia procurado. Para esto escogio à vn santo Monge de su Monasterio, que se llamava Agustino, y acompañado de otros Monges, le encargò esta jornada, y mandò, que fuesse à Ingalaterra à predicar el Evangelio, y alumbrar con los resplandores de nuestra Santa Fé aquella ciega Gentilidad. Pettiòse Agustino para tan gloriosa empresa; mas à pocos dias de camino sus compañeros cansados, y desmayados, desearon volver à Roma, y no ir à tierra tan remota, y tratar con gente infiel, y barbara, cuyas costumbres no podrian sufrir ni fabian su lengua para entenderlos, y hablar: y assi embiaron al mismo Agustino al Santo Pontifice, suplicandole que les diese licencia para dexar aquella peregrinacion tan larga, trabajosa, y peligrosa, de la qual tan poco fruto se podia esperar (que todas las cosas grandes, tienen grandes dificultades en sus principios, y no son las menores, las que hallan los mismos que las han de obrar) San Gregorio, no quiso darles la licencia que pedian, antes los animò para la jornada, y les escrivio vna breve carta, en que les dize estas palabras:

GREGORIO OBISPO SIERVO DE
los siervos de Dios, à los siervos de nuestro Señor Iesu-Christo.

Porque fuera mejor no comenzar el bien, que despues de averlo comenzado, dexarle des necesario, hijos dilectissimos, que procurareys con el favor del Señor, de acabar con grã

cuydado el bien que aveys comenzado. Por tanto no os espante el trabajo del camino, ni las lenguas de los maldicientes, antes con grãdissima instacia, y gran fervor acabad lo que por voluntad de Dios aveys comenzado, teniendo por cierto, que à mayor trabajo, se seguirà mayor galardón de gloria eterna. Obedeced en todas las cosas, con humildad, à Agustino nuestro Preposito, que buelve à vos, à quien yo he señalado por nuestro Abad, sabiendo que será provechoso para vuestras almas, todo lo que hizierdes por su consejo, y voluntad, Dios todo poderoso con su gracia os guarde, y defendaya à mi me la de, para que en el Cielo yo me goze de el fruto de vuestros trabajos, y sea nuestro compañero en el premio dellos: porque aunque no puedo trabajar con vosotros tengo deseo de trabajar.

Con esta carta se animaron los Monges para su camino, y por las oraciones, y merecimientos de San Gregorio lo llevó Dios à salvamiento à Ingalaterra, y les diò tan feliz sucesso, que fueron bien recibidos en ella, y convirtieron a Ethelberto, Rey de Cancia, y gran multitud del pueblo: y avisaron a San Gregorio de la gran mies que avian hallado, y de los pocos obreros que tenían: el santo se regozijò por estremo, y les embió nuevos Ministros, y Predicadores (entre los quales principales fueron Melito, Justino, Paulino, y Refiniano) y con ellos todo lo que era menester para ornato de las Iglesias, vasos Sagrados, ornamentos ricos, y muchas reliquias, y libros, y mandò que Agustino se ordenasse de Arçobispo, y embidre el palio, y que en su Metropoli de Cancia ordenasse doze Obispos, y que no destruyesse los Templos de los Gentiles, sino que los purificasse con agua bendita, y los consagrasse à Dios vivo, y verdadero. Mandòle assi mismo, que fuesse introduziendo poco à poco la religion Christiana en aquella tierra, y no desarraygasse de golpe algunas malas costumbres que se podian tolerar, antes dissimulasse, y passasse por algunas, hasta que aquella nueva planta tuviesse mas fuerças, y no corriessse peligro de arrancarse con qualquiera viento de contradiccion, ò novedad. Y no menos le encargò que no se atasse a los vfos que avia visto en la Iglesia Romana, sino que tomasse de todas partes lo que conforme a la disposicion, y necesidad de Ingalaterra juzgasse que mas le podia aprovechar, y

añade

añade, la razon: *Non enim pro locis res, sed pro bonis rebus loca amanda sunt*: porque no por el lugar se han de amar las cosas sino por ser buenas las cosas, se han de amar los lugares. Otros muchos documentos, y preceptos, diò San Gregorio à Agustino, y à sus compañeros, por los quales hizo Dios muchos, y grandes milagros en Ingalaterra y la convertió à su Santa Fé, siendo autor desta obra tan excelente San Gregorio, y por ella justamente es llamado Apostol de Ingalaterra; y escrivio à Agustino estas palabras: *Sabido he que Dios todo poderoso ha obrados grandes milagros por tu medio, en esta gente que ha escogido: por lo qual es necesario que te gozes con temor deste don celestial, y que gozando temas. Deves gozarte, porque las almas de los Ingleses, por medio de estos milagros exteriores son atraidos à la gracia interior del Señor. Y debes temer que entre los milagros que Dios haze, no se levante tu anima flaca, y se desvanezca con alguna vana presumpcion; y honrado desfuera con el aplauso cayga interiormente por gloria vana.* Desta conversion de Ingalaterra, y de los milagros que Dios hizo en ella, dize el mismo San Gregorio estas palabras: *La segunda de los Britanos, que antes no sabian sino hablar barbaramente, ya han comenzado à alabar à Dios en lengua Hebrea. Y el Oceano, que antes estava hinchado, y bravo, aora esta rendido, y sujeto à los pies de los siervos de Dios. Y los Pueblos fieros, que los Principes de la tierra con sus armas no pudieron domar, los Sacerdotes con sus palabras sencillas los tienen arados. Y el pueblo infiel, que no temia los escuadrones de gente armada; ya siendo fiel, teme las lenguas de los hombres humildes: por que recibiendo las palabras celestiales, y viendo resplandecer tantos milagros es alibrado con la lumbr del Cielo, y enfrenado con la reverencia de la divina Magestad, para que no se desmande, ni haga mal, y con grande ansia anhela por alcanzar la gracia del Eterno Señor.* Y en algunas de sus epistolas, escrive esto mismo, mostrando el contento, y jubilo que tenia su alma, por ver reducidas las de aquellos infieles al Señor. Y no solamente hizo esto San Gregorio en Ingalaterra, mas tambien hazia recoger a los moços Ingleses de diez y siete, ò diez y ocho años, que por diversas partes andavan derramados, y los mandava sustentar en los Monasterios, para que en ellos se convirties-

Primera parte

sen, y enseñassen, y fuessem buenos Christianos, y siervos de Dios. Todo esto hazia, por el gran zelo que tenia de la salvacion de las almas; y este mismo zelo le hazia tomar algunos medios auiteros, porque eran provechosos para el mismo fin. Porq̄ avienddo, aun en su tiempo, muchos labradores paganos vasallos de la Iglesia, los hazia cargar de tributos, para traerlos por este medio à la verdad de la Fé: y à los Judios que se convertian à la misma Fé mandava disminuir las mismas cargas, y tributos. Y puesto que entendia que muchos de estos tales que se convertian, venian mas por aquel cevo de el interese temporal, que por zelo, y deseo de la verdadera religion, toda via queria que fuessem benignamente admitidos à ella con esperança, que aunque los padres nose bautizassen sinceramente, sus hijos, y nietos con el tiempo serian buenos Christianos, y de veras fieles à Dios.

Ordenò que no tuviessem la administracion de los bienes de la Iglesia personas legas, sino Ecclesiasticas. Que no se diese à vna persona sino vn officio Ecclesiastico, diziendo, que assi como en vn cuerpo ay muchos miembros, y cada vno tiene su particular officio: assi en el cuerpo Ecclesiastico (segun la doctrina del Apostol) se ha de dar officio à vno, y otro a otro, para que cada vno, en vn mismo espiritu, sirva al Señor. Mandò que los Clerigos no se entremetiessem en el gobierno de los Monasterios. Y no queria que ellos, ni los Religiosos intercediessem por los delinquentes con los Iuezes, sino con gran recato, y moderacion; y demanera, que no se desdorassem su buena opinion, y se pensasse, que la Iglesia favorecia à los facinorosos, y enflaquecia la justicia. Perseguiò y castigò con severidad à los Obispos que vendian las Ordenes Ecclesiasticas, y à los legos que subian a ser Obispos, sin pasar primero por las otras Ordenes Ecclesiasticas. Era tan enemigo de recibir presentes, que algunas vezes aviendole embiado à presentar cosas de mucho precio, las mandò vender, y embió el precio a los mismos que se las avian embiado. Reprehendiò à Ianuario, Obispo de Caller, porque avia excomulgado à vna persona por cierta injuria que le avia hecho, diziendole que no deve el Obispo excomulgar à nadie por particular injuria: fuya, ni viar de

Sss 2

la cen-